

rir, si no habia amado á otro hombre que á Luis XIV, ó si en la corte de España habia llamado alguno su atencion, contestó con tanta naturalidad como dulzura:

—¿Cómo habia de amar á ningun hombre en España, si no habia en ella más rey que mi padre?

Esta respuesta retrata mejor que nada su carácter verdaderamente angusto, pero endulzado por la más exquisita bondad.

Concluiré este capítulo encargandoos, lectoras mias, que no confundais la *amabilidad* con la *bondad*. La primera es casi siempre exterior. La segunda nace del corazon y de la belleza y dulzura de los sentimientos.

La amabilidad es la apariencia de la bondad cuando ésta no existe; por consiguiente, puede decirse que es un tributo que se le rinde. La amabilidad conquista homenajes y admiracion, pero sólo la bondad conquista afectos. Si quereis no obstante, ser amadas y admiradas, procurad reunir á la bondad, á esa angélica prenda del alma, la amabilidad, esa hechicera coquetería de la buena educacion, ese encanto que es una de las pocas cosas útiles que enseña el trato del mundo.

CAPÍTULO XVI

La reserva y el disimulo.

I

La reserva y el disimulo son dos cosas muy distintas, y como la vanidad con el orgullo, y la bondad con la amabilidad, se confunden á primera vista produciendo siempre efectos muy funestos.

¡Cuántas mujeres hay que son buenas en el fondo, y ya sea por no saber distinguir lo verdadero de lo falso, ó bien porque jamás han dedicado un breve espacio de tiempo á la reflexion, caen en faltas cuya existencia ignoran, exponiéndose á la despiadada censura del mundo!

Más de un ejemplar é irrepreensible criatura es juzgada ligera é inhumanamente por la ciega y maligna sociedad, mientras que muchas, que realmente son muy culpables, pasan con la fren-

te erguida, y reciben el acatamiento debido sólo á la verdadera virtud.

Pero estas personas llevan el castigo en su conciencia; dejadlas sin envidiar sus triunfos y procurad buscar en el cumplimiento de vuestros deberes el camino más suave de la vida. Porque suave, muy suave, es el camino del bien, y á veces tengo por una paradoja el tan conocido axioma de que *el camino del cielo está sembrado de espinas*.

Si son espinas el no correr de placer en placer, ó por mejor decir, de fiesta en fiesta, porque el mundo da pocos placeres; si son espinas el no tener riquezas, joyas, carruajes y palacios para todas las estaciones, concibo el axioma ántes citado, aunque en este caso sería asentar que los ricos tenían cerradas las puertas del cielo. Pero si se mira la vida bajo su aspecto más dulce, si se existe, no para los goces materiales y groceros, sino para la inteligencia, para el trabajo, para el amor, para la amistad, la vida es buena y hermosa, y los mortales debemos incesantemente dar gracias á nuestro Creador porque nós la ha concedido.

Uno de mis principales cuidados al escribir este libro es daros á conocer, jóvenes lectoras mías, aquellos defectos que se confunden ó pueden confundirse con las virtudes, su saludable antítesis, porque ¿no es realmente muy doloroso que, creyendo poseer una buena cualidad ó prac-

ticar una virtud, caigais en el defecto contrario? ¿De qué os sirve entonces vuestra índole privilegiada, vuestra propension al bien? De nada si una mano amiga no os muestra el camino libre de las nieblas de la duda.

II

La reserva y el disimulo, que son la buena cualidad y el odioso defecto que sirven de base á este capítulo, se confunden, como he dicho ántes, con mucha frecuencia. Hay quien, por huir del *disimulo, simulacion ó fingimiento*, que las tres cosas son muy parecidas, se olvida completamente de la reserva, y haciendo alarde de sinceridad y de franqueza, dice todo lo que hace, lo que proyecta hacer, y hasta lo que piensa. Hay, por el contrario, quien, tratando de tener una prudente reserva, recata de tal modo sus sentimientos, que nunca habla como piensa, y se violenta para que no sólo sus palabras, sino la expresion de su fisonomía, engañen hasta á sus mejores amigos.

Estas gentes son dignas de compasion: esclavas de su ridícula manía, desconocen las dulces expansiones de la amistad y el encanto de la confianza. Estas criaturas deben ser necesariamente descreídas y hostiles á la sociedad, y deben vivir amargadas por ella, pues de lo contrario no se

impondrían un martirio tan insoportable.

Es verdad que suelen conseguir mejor que nadie el logro de sus fines; es verdad que suelen subir con rapidez los escalones de la fortuna; ¿qué importa todo esto si sus corazones se van quedando vacíos y sólo hay savia en sus cabezas? ¿Qué importa, sino tienen familia ni amigos, porque desconfían del amor y de la amistad? ¿Qué importa, si se condenan á vivir solas en medio de los mares? Más que ese disimulo homicida, vale una extremada franqueza, por más que ésta traiga casi siempre tristes consecuencias.

Lo que nos hace estimables y estimadas es un justo medio entre esos dos extremos, y un justo medio es también lo que nos hace vivir con tranquilidad y sin la zozobra que acompaña comúnmente, lo mismo á la excesiva franqueza que al estudiado disimulo.

La reflexion y el racionio son generalmente los que deben aconsejar cuándo conviene una generosa franqueza y una prudente reserva. El disimulo nunca es conveniente; la reserva hace guardar silencio cuando lo que vamos á decir puede perjudicar, ya sea á nosotros, ya á otras personas; pero el disimulo ó simulacion enseña á mentir, disfrazando lo que se siente, por poco importante que sea.

Segun la edad, puede ser la mujer más ó ménos explícita. A una jóven conviene siempre la reserva en todas sus acciones, en todas sus pala-

bras: porque su reputacion es un cristal purísimo que la más leve sombra basta á empañar, sin contar con los borrones con que pueden mancharle la envidia, la calumnia ó la maledicencia. La reserva no rebaja las buenas cualidades de una amable jóven; ántes bien las hace resaltar y la comunica nuevo brillo y mayor mérito; porque la reserva nace siempre de la modestia, y la modestia es el más hermoso atractivo de una jóven.

Yo quiero dedicar un capítulo entero á la modestia, porque ella es, lectoras mías, la corona de violetas que adorna el ramillete de inmarcesibles flores que se llaman virtudes. Pero ántes de seguir recomendándoos la reserva y efiendo el disimulo, necesito distinguir á vuestros ojos aquella virtud de este defecto, pues si no comprendéis bien y con claridad, será inútil todo cuanto os hable de uno y de otro.

III

Reserva es ese sentimiento de pudor y de delicadeza que nos hace recoger nuestras sensaciones, gratas ó dolorosas, en el fondo de nuestro corazon, como recogemos una flor querida dentro de una caja para que no se evapore su perfume. Reserva es una fuerza misteriosa que nos impele á ocultar y corregir nuestros defectos, en vez de hacer un ridiculo alarde de ellos.

La reserva nos induce igualmente á callar los

defectos de las personas que nos son amadas, y aún de aquellas que nos son indiferentes, por la ley santa de la caridad. La reserva nos hace callar también nuestros proyectos para lo presente y lo futuro, más que por desconfianza, por el temor de hacer un papel desairado si se malograsen por uno de esos eventos de que está llena nuestra vida. La reserva nos hace guardar dentro del alma algunas santas y respetables tristezas que el mundo no comprendería, y que para nosotros son tan sagradas como queridas.

¿Qué conseguirá una madre contando las faltas de sus hijos, aunque sea á su mejor amiga y en el secreto de la confianza? Rebajar á los ojos de quien la escucha á aquellos mismos hijos á quienes, en lo íntimo de su corazón, no puede menos de amar.

Así pues, mil veces mejor haría esa mujer, siendo reservada, y ofreciendo su pena á los pies de la Reina del cielo, amparo y consuelo de todas las madres.

¿Inspirará simpatías la joven que refiera quejándose de ellos, los defectos de sus padres y de su esposo, por graves, por odiosos que estos defectos sean, por mucho que la hagan sufrir? Léjos de conquistarse afectos, sólo obtendrá lástima, mezclada de repulsion, porque infringe el más santo de sus deberes, publicando las faltas de aquellas personas á quienes le toca amar y respetar más que á nadie en el mundo.

¡Bendita sea la reserva, que recomendará el silencio en tales casos! La mujer que no la rehace será admirada, bendecida é imitada por todas las almas religiosas y buenas.

La reserva es indispensable, tratándose de los asuntos ó de los intereses ajenos, ó de aquellos que nos son propios, pero en los cuales están mezclados los de otros. Únicamente en lo que nos conciernen á nosotros solos, nos es dado usar de franqueza, confiándolos á otras personas. El tacto está en saber elegir los seres que han de poseer nuestra confianza, no equivocando los falsos amigos, ó los amigos de sociedad con los verdaderos; pero este particular pide un capítulo separado, porque *la amis'ad* es un afecto que tiene mucha influencia en la desdicha ó felicidad de nuestra vida.

Quiero hablaros aún de la reserva, de esa bella y recomendable cualidad, que tan bien sienta en las jóvenes, y que tan necesaria es á la mujer, sea cualquiera su edad y su posición. La persona que se deja arrastrar de una excesiva franqueza, puede cometer mil imprudencias sin que se aperceba de ello; puede ser causa de graves desgracias, que despues deplorará amargamente, porque en lo general, las mujeres muy francas y sinceras están dotadas de un excelente corazón.

—¿Qué franca es la señorita B! me decia no há mucho tiempo una señora en extremo curiosa: por ella sé todo lo que pasa en su casa, los trajes

que ella y su hermana estrenan, las bases que salen, las cuestiones que tienen lugar entre su padre y su madre, los platos que se sirven en su casa, y el estado de todos los negocios de su familia.

—Pero, señora, exclamé sin poder contenerme, ¿por qué escucha usted á esa imprudente jóven? ¿Qué dirán sus padres si se divulgan todos sus asuntos, y las escenas de su vida privada?

—¿Y yo, por qué me he de inquietar por eso? ¿Tengo la culpa de que su hija sea tan habladora?

—Pero, amiga mia, si usted no la oyese. . .

—Si yo no la oyese lo iria á contar á otras personas, porque la que es propensa á hablar, habla aunque sea sola, y no hay que agradecerle sus confianzas: no faltaria quien la escuchase y lo divulgase más que yo, que sólo cuento á mi marido y á *alguna que otra amiga* lo que me dice.

Estas palabras me enseñaron todo lo que hay de perjudicial en una excesiva franqueza. Las personas á quienes se cuentan las cosas que deben estar reservadas, léjos de agradecerlo, culpan la propension á hablar, á la cual deben unas imprudentes confianzas que pueden comprometerlas.

IV

¿No habeis visto muchas veces, lectoras mías, en el círculo de vuestras relaciones, no habeis

visto algunas mujeres, más consideradas, más respetadas que otras, aunque la fortuna y la naturaleza no les hayan concedido grandes dotes? Pues, es que esas mujeres se envuelven en una delicada reserva, como en un manto de exquisita y perfumada seda. Usanla hasta en medio de su familia; y el pedestal en que están colocadas, y que se han fabricado ellas mismas, parece tan alto, porque si no ocultan, no hacen alarde al ménos de las necesidades, de las dichas y de los dolores de su vida.

La reserva no es disimular ó mentir; consiste en callar casi siempre, en velar ó recatar de las miradas profanas, frias y burlonas del mundo, las sensaciones y los afectos de la vida. Las mujeres, que poseen una reserva delicada y digna, tienen algo de elevado y de noble. Nunca se ve en ellas más que lo bello, lo ideal, y conservan las ilusiones á todas las personas que las tratan, y lo que es mucho más precioso, hasta á su propia familia. Sus esposos no encuentran en ellas esa parte de grosero materialismo, verdugo del amor; sus hijos las ven siempre dignas y sublimes, porque en la mísera condicion humana es lo mejor aquello que ménos se comprende, aquello que aparece más vago y más velado.

Una mujer pudorosamente reservada, virtuosa, dotada de bondad y adornada de esa graciosa coquetería, de ese tacto y buen gusto que ya en otro capítulo os recomendé, es el bello ideal de

su sexo, es la criatura más simpática y que más atractivos ejerce, aunque la naturaleza la haya favorecido muy poco con sus gracias.

Muy breves serán las palabras que dedique á la simulacion ó disimulo. Este defecto es raro en la mujer, y enteramente ajeno de la juventud, y la que esto escribe á la juventud se dirige.

¿Para qué necesita la mujer del fingimiento ó del disimulo? Dejemos tan inmenso trabajo al hombre político, al hombre de graves negocios y ambiciosos planes. La mujer destinada á imperar en el hogar doméstico, á hacer la dicha y embellecer la vida de los seres que la rodean no há menester más que de una amable franqueza, ó de una prudente y bien entendida reserva. La franqueza debe usarla siempre que sus padres ó su esposo la interroguen acerca de algun punto importante, en cuanto á sus sentimientos ó á su corazón.

¿Para qué hemos de usar de reserva con los seres que más nos aman? ¡Es tan dulce manifestar el corazón abierto de par en par á las personas que nos son queridas!

Una madre debe tambien ser franca con sus hijos en muchas ocasiones de la vida. Debe advertirles sus defectos y reprendérselos con firmeza siempre, con rigor y severidad cuando estos defectos, por leves que sean, nacen de una mala índole ó de sentimientos perversos. Pero una buena madre es reservada tambien en ciertas circuns-

tancias: es reservada para la sociedad, porque los mismos defectos de sus hijos, que corrige en la soledad de su hogar, los reserva al mundo con el mayor cuidado y la más exquisita solicitud.

¡Santa y difícil mision de las madres que reunen y aduna en sí la bondad y la firmeza, la franqueza y la reserva, la dulzura y la severidad!

V

Muchas veces, una franqueza excesiva ha privado de un buen amigo, convirtiéndole en un enemigo irreconciliable; porque hay en ciertas personas tal dosis de amor propio que no les deja soportar una verdad. Con estas personas es mejor guardar un prudente silencio, ó dar una respuesta evasiva, aun cuando consulten vuestra opinion.

Debe procurarse, ante todo, no herir nunca el amor propio de nadie, porque estas llagas no se curan jamás. No hagais á otro la confianza de los defectos de vuestros amigos. No descubrais las flaquezas ajenas. Para huir de una persona, cuyo trato fastidia, no es menester zaherirla, criticarla, ponerla en ridículo; basta con retirarse poco á poco de su amistad, empleando el suficiente tacto y delicadeza, y dando alguna excusa política y verosímil para que no se ofenda.

En esto consiste la reserva prudente y bien

entendida, y esta reserva es cuanto necesita la mujer para ser estimable y estimada.

Si la mujer se concreta á reservar sus sentimientos y sus sensaciones para las personas á quienes ama, no tendrá decepciones, no caerá en esos errores del corazón, que tan dolorosamente le destrozan. Si se acostumbra á una excesiva franqueza, concede á todos lo que sólo debe conceder á los objetos de su amor: porque ¿en qué estriba el amor si no en hacer partícipes de todos nuestros pensamientos, de todas nuestras sensaciones, á otro sér que se ha hecho dueño de todos los latidos de nuestro corazón?

La mujer que prodiga á todos los que trata estos tesoros, ¿qué dará ya á las personas á quienes ame, que éstas puedan estimar?

Si todas las mujeres supieran unir la prudente reserva con una tierna sinceridad, el prestigio de nuestro sexo sería inmenso, y pocas, muy pocas, carecerían de la general estimación.

CAPITULO XVII

La envidia y los celos.

I

Entre las infinitas penas que afligen á la mujer, que torturan su corazón, que amargan su vida, hay algunas que ella misma se inventa por la actividad de su imaginación fúgosa, por la extremada debilidad de su espíritu, ó por efecto de una educación descuidada y poco religiosa.

Dos de los más amargos dolores que se crean son la envidia y los celos. Los celos, dardo emponzoñado y forjado por el infierno. La envidia, serpiente venenosa que roe el corazón de que se posesiona hasta dejarlo vacío como un sepulcro.

Ya parece que veo las lágrimas en los ojos de algunas pobres celosas; ya oigo que me dicen con acento dolorido.

—¿Qué culpa tenemos nosotras de ser desven-